

tensión, que ha estado sometida a múltiples vaivenes (ha estado siempre en construcción), no puede prescindir el pensamiento cristiano.

Sin embargo, la modernidad trajo consigo la experiencia de una filosofía separada, una razón que no se sentía interpelada más que por su propia luz (Illanes, Villar, Izquierdo). Es menester que, en una tradición de confianza (Soler, García Cuadrado), se trabaje por la armonía y por la circularidad entre la razón y la fe, porque ése es el único modo de respetar la unidad del hombre y la unidad de la verdad.

No sé hasta que punto esta síntesis hace justicia a la obra. Desde luego no da razón ni de lejos de la calidad y profundidad de todos los trabajos contenidos en las actas del simposio, publicadas además con una gran dignidad editorial.

JAVIER OTADUY

CARDIA, Carlo (a cura di): *Tornano a moltiplicarsi gli dèi?*, Ed. Giuffrè, Milano 1998, 245 pp.

Puede ocurrir a quien toma entre sus manos, sin advertencias previas, el libro que aquí se comenta, que tenga la impresión de encontrarse ante un libro atípico. Atípico dentro de los trabajos al uso de los autores de Derecho Eclesiástico. Esa impresión, en realidad, parece acertada. Sin embargo, su atipicidad no excluye, al menos en este caso, un atractivo creciente a quien se detiene en sus páginas. Los méritos de la obra en su conjunto deben atribuirse al profesor Cardia, que ha conseguido dotar de unidad a un conjunto variado de aportaciones, géneros y elementos que no resultan yuxtapuestos sino razonablemente trabados.

El título ya sugiere una reflexión. ¿Vuelven las múltiples divinidades, como en la era pre-cristiana, a conquistar adeptos en este cambio de siglo y de milenio? Muchos otros pensamientos y valoraciones se entrelazan a partir de aquí. En todo caso, quizá una aportación particularmente destacable del libro sea ésta: estas páginas se han escrito, recopilado y ordenado por quien posee una mentalidad madurada en el estudio jurídico del fenómeno religioso, pero que pretende superar, en esta ocasión, el confin jurídico, al menos en parte, y acercarse al latido religioso y trascendente del corazón humano: a la *realidad* garantizada por el Derecho, y no sólo a la garantía.

Veamos la «anatomía» del libro antes de comentar su contenido. Después de unas breves líneas del editor, el libro se inicia con una reflexión introductoria, debida a Cardia: *Il «Deus absconditus» e la fatica del disvelamento*. Densa. Con abundantes interrogantes, en general, abiertos (pp. 3-24). Después (pp. 25-163) se presenta un abanico de textos, que, en su conjunto, constituyen un panorama

abigarrado. El autor del libro de Job, San Agustín, Kolakowski, Martín Lutero o Paul Davies, entre otros, conviven en estas páginas, en textos seleccionados de sus escritos. Estos textos son ordenados en grupos, cada uno de los cuales tiene su título, como síntesis expresiva de los elementos unificadores de dichos extractos, con frecuencia notablemente heterogéneos.

En las pp. 165 a 193 se presentan la intervenciones de una Mesa redonda sobre *Los nuevos cultos. Entre sociedad y derecho*. Participan G. Baget Bozzo, P. Bellini, G. Dalla Torre, F. Margiotta Broglio y M. Tedeschi.

A los referidos puntos de vista sobre el tema de diálogo, siguen unos datos informativos del Ministerio del Interior italiano sobre sectas religiosas y nuevos movimientos mágicos en Italia (pp. 195-214).

Por último, unas consideraciones finales de G. Giuffrè, comentando y situando la obra de Franco Dugo que culmina el libro con unas fotografías de algunas de sus tablas, con el título *Dolor y esperanza*. Pretenden dar una expresión artística al amplio contenido tratado en las páginas precedentes. La imagen de Buda abre la serie; siguen diversas expresiones del dolor humano, concreto y despiadado del último siglo; y se termina con la figura de Cristo crucificado.

Pasemos ya al contenido del libro. Quizá la interrogación honesta ante un cúmulo de cuestiones, hechos e ideas que campean en la geografía de la historia de los hombres, sea la actitud predominante y sugestiva.

En el trabajo introductorio de Cardia afloran preguntas como ésta: el Dios escondido ¿no legitima las opciones ateas, agnósticas o laicas? ¿Por qué ese silencio de Dios? El multiplicarse actual de dioses (de infinitas opiniones sobre Dios y sobre el más allá) ¿es acaso el fruto de la liberación de una religión impuesta por el Estado, *cuius regio eius et religio*? Pero, esos nuevos dioses ¿aportan, en verdad, algo verdaderamente divino?

En su trabajo, Cardia tiene presentes los mundos de la fe y de la razón, y sus relaciones, tantas veces no fáciles. Los nuevos descubrimientos científicos exigen prudencia a los teólogos; pero, al tiempo, los mismos científicos parecen, en buena parte, no compartir el *dogma* iluminístico de la negación de lo sobrenatural.

El hecho de la Revelación —el misterio desvelado de la Verdad y Vida divinas para salvar al hombre— es considerado por Cardia en su tensión con el transcurso del tiempo, con su realización en la historia; en esa línea, se plantea el problema de las profecías, de la escatología; y la dificultad de interpretación de la verdad del misterio revelado: revelado en la historia e interpretado en la historia. Según me parece, Cardia plantea una supuesta contradicción entre Dogma y progreso del pensamiento humano. Me parece entender que ve el Dogma como una especie de aprehensión hermética de la Verdad que pretende limitar las posibilidades siempre históricamente abiertas del conocimiento humano. Sin embargo, en la Iglesia no existe ese sentido del Dogma, como obstáculo limitador de la

dignidad de la mente humana y de sus posibilidades abiertas en el transcurrir de la historia. Confiada en la promesa de Jesucristo de la asistencia indefectible del Espíritu Santo –el Espíritu de la Verdad– la Iglesia, ciertamente, fija y define, en ocasiones, el sentido de la verdad revelada y creída por la fe. Pero no para cerrar o limitar su progresiva aprehensión sino para garantizar el *sentido* permanente de su verdad salvadora.

En estas páginas introductorias, la idea y expresión del Dios oculto, inaprensible, del *Deus absconditus* parece ser central en el desarrollo de las reflexiones de Cardia. Se subraya, de este modo, su ocultamiento al hombre. Es un modo éste de expresar la verdad de la infinita trascendencia de Dios. A su vez, sin embargo, podría hacerse notar, y no veo que el autor lo destaque, el hecho de que precisamente ese *Deus absconditus* es el que el cristianismo enseña como manifestado en Cristo; aun cuando la luz de su Revelación no suprima su Misterio.

Pasemos a la antología de textos de diversa procedencia y posición ante el fenómeno religioso. Ocupan el mayor número de páginas del libro. Ese mosaico heterogéneo constituye, me parece adivinar, un conjunto de fuentes de reflexión personal de quien los ha traído ordenadamente al libro que comentamos. Esos textos los ofrece ahora, al lector, para que sean también objeto de nuestras personales reflexiones. Son textos que aportan ideas y experiencias y que, en cierto modo, se desvinculan de sus autores para constituir provocaciones al pensamiento humano y modos de planteamiento de cuestiones de hondo calado, culturales y religiosas.

Me limitaré aquí a hacer referencia a algunos temas o planteamientos, entre otros muchos, que han captado mi interés de modo particular. Pienso que puede ser suficiente para darse una idea de las aportaciones, de tan diverso origen, presentadas en esta parte del libro.

Vannini (pp. 34-42) presenta una supuesta contradicción entre la mística (al tratar de la mística se centra en Eckart) y las exigencias de las religiones positivas. Quizá la incompatibilidad que plantea sea real, en los términos presentados, aunque, de por sí, parece claro que la verdadera mística no es incompatible con la fidelidad religiosa, aun cuando existan o puedan existir tensiones y riesgos. Así pues, la brillantez de esta aportación no excluye un cierto exceso en la tesis.

¿En qué sentido el hombre necesita a Dios? El estoicismo de Séneca tiene su respuesta. Bergson, por su parte, aporta argumentos dirigidos a mostrar cómo la naturaleza humana necesita las creencias religiosas para sobrevivir. A su vez, el genio de Agustín de Hipona, en *Las confesiones*, muestra la hermosa rectitud del alma que busca con sinceridad a Dios. Ese alma prefiere no oír de Dios lo que ella quiere, sino querer, más bien, aquello que oye de Él: regla, pues, de rectitud religiosa.

*Dios tiene necesidad de los hombres* es el título de otro grupo de textos de autores diversos. Algunos pasajes del Libro de Job parecen presentarse aquí

como una sugerencia. El magnífico universo que rodea al hombre y cada uno de los seres que lo pueblan ¿acaso son manifestación de que su Creador ha necesitado rodearse de esas maravillas para remediar su soledad? Pero ese concepto de un Dios *necesitado* de algo que no sea Él mismo no es, en realidad, una idea de Dios. Kolakowski (pp. 72-73) rechaza un entendimiento tan superficial de Dios.

La reflexión de Plotino sobre el bien y el mal en el mundo, sus consideraciones sobre la teoría de la reencarnación, son un intento de la imaginación y del pensamiento humano de dar una cierta explicación a lo que no consigue abarcar, porque, reconoce Plotino, las razones del intrincado mundo de los destinos humanos permanecen ocultas.

Otro tema: la «contaminación» del mal padecida por el hombre; y el camino del castigo (con el infierno budista de sobrecogedoras reencarnaciones en vidas ignominiosas) y, también, el camino de la purificación humana. Se muestra la visión budista de la vaciedad del mundo fenoménico: de un mundo exterior que es factor contaminante. Ante el lector aparece también la valoración, desde la visión cristiana, del mundo físico, de los animales y de las personas, en cuanto muestras diversas de la cercana presencia de Dios.

*La memoria, la culpa, el arrepentimiento* recoge, junto a un texto del Concilio Lateranense IV contra los herejes y unas páginas de Lutero contra los hebreos, unas palabras de Juan Pablo II, en las que presenta a la consideración, entre otros temas, el hecho de que, en épocas pasadas y en amplios ambientes, pudo entenderse, de buena fe, y en general, que un auténtico testimonio de la verdad comportase sofocar las otras opiniones, o, al menos, su marginación.

Encontramos también unas páginas del filósofo J. Guitton en las que describe y pondera algunos fenómenos místicos, bien conocidos y testimoniados, y notoriamente asombrosos.

*La ciencia se hace teología* es el título expresivo que acoge dos textos de conocidos científicos que no escriben aquí sobre mera ciencia. P. Davies que desarrolla consideraciones sobre el origen del universo y sobre su estructura y funcionamiento más íntimo. Frank J. Tipler, a su vez, reúne diversas reflexiones sobre temáticas filosóficas y teológicas. En el caso del texto de Tipler, encontramos una mezcla de cualquier opinión del género escatológico con las posibilidades de realizaciones que ofrece o parece ofrecer la civilización del *computer*. El resultado, a pesar del tono de inteligente ironía, no queda lejos, a mi juicio, de lo estrambótico y disparatado.

*Nuevos cultos, hoy* incluye un excelente trabajo de Massimo Introvigne. No es un ensayo. Es una exposición breve y sintética, densa y bien elaborada, de un fenómeno muy complejo. Las apreciaciones que se presentan, de un conocido experto en la materia, son profundas y equilibradas. Me parece clave lo que dice en la página 154 sobre el relativismo religioso. Según Introvigne, un número muy elevado de ciudadanos italianos, como de otros países, se ha convencido de

que la verdad no existe, o, al menos, no es importante, o, en todo caso, no es relevante en el específico campo de la religión. Por su parte, R. Cipriani expone la situación de los *Nuevos movimientos religiosos* en Italia, aportando bibliografía reciente.

Hasta aquí el abigarrado bosque de autores, ideas, sugerencias y problemas expuestos a nuestra lectura y reflexión.

Pasemos a la mesa redonda, cuyo tema y participantes ya conocemos. Esta parte es uno de los elementos del libro que ofrece un particular interés: por los temas planteados, por muchas de las respuestas que generan fácilmente nuevos y variados temas conexos. También para los interrogantes que quedan abiertos. Señalaré seguidamente tan sólo algunos de los argumentos que en las páginas 167 a 193 podemos encontrar. Es claro que estas páginas nos presentan problemas vivos también para los cultivadores del Derecho Eclesiástico.

Para Baget-Bozzo los nuevos cultos son expresiones religiosas que enlazan con la proto-heresía cristiana: el gnosticismo. Tedeschi afirma que provienen de oriente; y llegan a América con ocasión de la guerra del Vietnam. De América vienen a Europa. Dalla Torre los ve como expresiones tardías que tienen su lejano origen en el resquebrajamiento de la misma fe religiosa que sufrió Europa en el siglo XVI. Desde entonces se ha desarrollado un proceso de diversidad.

Entre los participantes hay una posición mayoritaria, desde luego llena de matices interesantes, en entender que no estamos entrando, desde luego, en una época post-cristiana. Margiotta Broglio, en esa línea, aporta datos significativos que se dan en diversos países.

¿Los nuevos caminos hacia la obtención de experiencias espirituales no entran en tensión con los dogmas institucionales? Quizá puede expresarse así resumidamente una de las preguntas planteadas en la mesa redonda. Dalla Torre entiende que donde se contraponen carisma e institución cobra fuerza un «fundamentalismo» individualista. Para Bellini, por otra parte, el hombre moderno no está lejos de dogmatizaciones.

Cuando se plantea si es oportuno que el Estado distinga entre esoterismo (*in genere*) y religiones, es bastante común también la posición siguiente: que el Estado no se ponga a distinguir. No tiene la *patente* de lo religioso. Sólo ha de ocuparse de lo lícito y lo ilícito; y dejar amplia libertad.

En nombre del pluralismo ¿se puede tolerar cualquier práctica aberrante? Bellini expresa su pensamiento con claridad: la tolerancia está superada por la libertad. El liberalismo no entra en la verdad o en el error de los fenómenos. Si surgen problemas, estúdiese la solución. Dalla Torre entiende que el pluralismo, también en esta materia, tiene un límite claro: los derechos inviolables del hombre.

A partir de la página 195 se incluye información oficial sobre *Sectas religiosas y nuevos movimientos mágicos en Italia*, publicación del Ministerio del Interior italiano. En estas páginas se agrupan datos sobre el origen, característi-

cas, desarrollo y grado de implantación en Italia de varios de estos grupos. Distintas procedencias y orientaciones ofrecen un cuadro pintoresco y, en ocasiones, para muchos, aberrante. Inquietante, seguramente, para todos.

El libro termina, como sabemos, con unas tablas de Franco Dugo que son presentadas, en un comentario previo, por Guido Giuffrè. Las referidas imágenes de Dugo pretenden ser una expresión artística de la temática global de las páginas precedentes. Después de la figura plácida de Buda, en su sereno alejamiento del dolor del mundo que le rodea, se suceden instantáneas del sufrimiento humano, en su dramática concreción. La serie se cierra con la imagen del Crucificado. G. Giuffrè apunta que ahí se encuentra la suma de todo sufrimiento, de las inevitables injusticias, de las invencibles opresiones, «ma anche del solo possibile riscatto». Una puerta final, pues, abierta a la esperanza humana.

El comentario de Giuffrè al que acabo de referirme se introduce con unos versículos del libro de Job. Elihú se dirige a Job y le dice: «...Dios es más grande que el hombre. ¿Contra Él quieres querellarte porque no ha respondido a todas tus palabras?» (Ib, 33, 12-13). Otra vez, y al final, el silencio de Dios. Y el sufrimiento y el misterio de la vida humana. Pero se insinúa también la profunda incapacidad del hombre para abarcar el misterio de Dios y para pretender juzgar sus designios. Y la necesidad de un silencio respetuoso y humilde ante su grandeza. La fe confiada en el Creador salva el abismo que de Él nos separa, uniéndonos a Él. La fe, pues, lejos de ser una especie de cesión de la dignidad humana es, en realidad, una de las más altas expresiones de esa dignidad. Como ha escrito Bruno Forte (p. 29) «la decisión humana de fiarse del Eterno, también cuando Él parece estar silencioso y escondido, adquiere el sabor de una infinita dignidad, capaz de dar valor al entero tiempo histórico».

JOAQUÍN CALVO-ÁLVAREZ

FLECHA ANDRÉS, J. R. (edit.): *Derechos Humanos y responsabilidad cristiana*, Universidad Pontificia de Salamanca. 1999.

El presente trabajo, fruto de las Actas de las Jornadas de Teología, celebradas en Valladolid bajo la responsabilidad de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca, estuvo dedicado a los Derechos Humanos en el 50 aniversario de la Declaración de los Derechos Humanos por parte de la Asamblea General de la ONU.

Aborda el estudio de la Declaración desde un punto de vista interdisciplinar y esta característica lo dota de una interesante lectura que, partiendo del papel de la teología en la construcción de una sociedad nueva, nos adentra en la historia, haciendo un sugestivo recorrido que arranca de la memoria y el reto que supu-